

rican Movie». En 1969 filmó en Toronto el Rock'n'Revival Show, con vistas a un film que aún permanece inédito. Pennebaker ha logrado capturar el espíritu del Festival, transmitiéndonos la pureza e ingenuidad de los genuinos «niños de las flores» en toda su esplendorosa belleza. La película dice más sobre los «hippies» que toda la literatura escrita sobre ellos. Simplemente, observa las expresiones de sus rostros cuando Ravi Shankar toca una raga. Toda la cinta es una sucesión



de momentos igualmente inolvidables: el furor de los Who destruyendo su equipo, el asombro del público en su primer contacto con Hendrix, las miradas de los policías, la exuberante secuencia de Otis Redding (parcialmente arruinada por la mala colocación de la cámara) y muchas cosas más. Es lamentable que no se incluyeran las actuaciones de Buffalo Springfield, Electric Flag, Quicksilver o Steve Miller, grupos que han desaparecido o que ya no tienen su formación original. Pero no los echarás de menos, te lo aseguro.

«Monterey pop» irradia el buen «karma» de una celebración de las fuerzas positivas de la vida, en la que músicos y audiencia se dieron mutuamente lo que cada cual necesitaba. Sin embargo, hay otro género de vibraciones, determinadas por el paso del tiempo como portador de muerte y desilusiones. Aquí puedes ver a Jimi, Janis, Otis, Al Wilson y Brian Jones tal como eran hace cinco años, antes de que desaparecieran

de nuestro lado, víctimas del estilo de vida que ellos crearon y predicaron, y que nosotros aceptamos. Y, sobre todo, la desintegración de lo que Otis llama «la muchedumbre del amor», de los que iban a redimir América con el «rock», el ácido y el amor. Chicago, Altamont, Kent, la epidemia de heroína, los «Weathermen», todo estaba a la vuelta de la esquina. Nos creíamos hombres maduros y aún no habíamos superado las primeras crisis de la adolescencia. Cuando salía del cine, sentí algo amargo y doloroso que no puedo explicar. Quizá era la resaca de los sueños imposibles. ■ **DIEGO A. MANRIQUE.**

### Los recitales de Serrat

Más o menos, vino a decir Serrat que su versión de los poemas de Miguel Hernández no tenía importancia. Que lo importante era que la gente comprara los libros y conociera directamente al poeta. Que él era como un ejemplar de la revista «Life», en la que, por un lado, aparecía un espléndido retrato de Ho Chi-Minh, y, por otro, un fastuoso anuncio de la coca-cola. «Mi aportación es muy modesta; me he limitado a sacar del cajón unos poemas de un poeta que nunca debió estar encerrado en ningún cajón». En ese momento se oyeron algunas voces que decían: «Viva Serrat», «Viva Miguel Hernández»; luego, mientras Serrat cantaba los poemas que había adaptado, aplausos más o menos fuertes según si la versión era buena o regular. Es decir, intensos para «La nana de la cebolla», «Menos tu vientre» y «El niño yuntero», y menos fuertes para «Elegía» y «Para la libertad».

La primera parte de este recital que ha dado Serrat en Madrid fue un poco más movida. Era la parte de la coca-cola. Hasta hubo un señor que, lanzado al escenario con cierto enloquecimiento, le dio a Serrat las muletas que llevaba para que hiciera con ellas no se sabe bien qué. Serrat no las utilizó, sino que se las devolvió al señor, que

se puso muy contento. Los seguidores del cantante aplaudían el principio y final de cada canción; sólo hubo una voz en un momento que gritó: «¡Canta en cristiano!», cuando Serrat comenzaba en catalán «Mi calle».

A pesar de los entusiásticos aplausos, en el vestíbulo se oían comentarios menos entusiasmados; parece ser que este último recital de Serrat ha sido más flojo que los anteriores, como si le faltara voz, como si estuviese poco convencido, como si le interesara menos que antes lo que estaba haciendo.

Y es que, seguramente, esa posición difícil en la que Serrat se ha metido, mantener el giro que va desde «Nena, ¡qué va a ser de ti!» al «Pueblo blanco» (donde la tierra está enferma y no hay que hacer, lo mejor es partir, porque mañana no habrá lo que no hubo ayer), no debe ser nada cómodo. Ese lugar equidistante de la cal y la arena, donde no están los pomposos y sofisticados recitales de Raphael, llenos de coristas y números de circo (para los que Raphael es un lince admirable), pero donde no están tampoco las sobrias tertulias íntimas de los recitales de Víctor Manuel (ya lejos de ser el útero materno de los asturianos con «Paxarinos»), ese difícilmente equilibrado punto medio, que sostiene tanto una eficacia comercial como una ambigüedad más problemática, no debe entusiasmar a quien lo mantiene. Y Serrat, seguro en ocasiones, desvaído en otras, parece tratar de encontrar una clarificación de su trayectoria. Miguel Hernández no es Juan Ramón Jiménez, ni Machado, ni Camposamor.

El propio cantante definió mejor que nadie su situación. Quizá lo hizo en un tono peyorativo excesivo. Es difícil ser cantante de moda, vender muchos discos y negarse a ser tonto. Por eso, su trabajo, sus adaptaciones musicales o sus obras originales, sean mejores o peores, esté él unas veces menos cansado que otras, adquieren una proyección que casi es apasionante. Sobre todo, cuando hay muletas, gritos y aplausos. Sobre todo, cuando uno dice que es como una portada del «Life» y sigue haciendo cosas. ■ **D. G.**

## ARTE

La primavera ha llegado a Barcelona con mucha mayor energía que a Madrid. En Madrid hemos agotado ya los nueve meses de invierno y tenemos ya a la puerta los tres «de infierno» que completan nuestro calendario. En Barcelona la tregua se dulcifica algo más. El ambiente cala en otras actividades no específicamente meteorológicas: por ejemplo, en las exposiciones. También en Madrid duran las actividades expositivas hasta la entrada de la canícula rigurosa, pero ya no tienen nada de primaverales. En Barcelona, ahora mismo, hay como una ráfaga primaveral que no es sólo climática, que incluso es estilística, que pasa por las exposiciones del momento.

### Alberto Rafols Casamada

En la galería ADRIA. Barcelona

He llegado a Barcelona con el tiempo justo para ver la exposición de Rafols Casamada en la galería Adriá. Era en su último día de exposición.

No ha habido una confabulación expresa entre Rafols y la primavera previsible para organizar esa exposición. El acuerdo es cuestión de mera coincidencia. Pero si la muestra hubiese sido invernal, también hubiese sido primaveral —y entonces, como una anticipación— el conjunto de nuestro artista. Es que esa ha sido durante mucho tiempo la característica de la pintura de Rafols: no la de su «primaverismo», sino la de su alegría cromática, incluso la de una cierta «jole de vivre» mesurada y cordial, no sólo dada por la cromía, sino hasta por base argumental. En la época del predominio absoluto del aformalismo, Rafols no se opuso a esa tendencia. Tampoco la cultivó. Simplemente, él continuó fiel a su concepción pictoricista de las cosas, sin dejarse dominar nunca ni

por aquel fuerte tenebrismo expresivo, que era aquí una de sus características, ni por el culto desmesurado de la materia. Más que un expresionista, él prefirió ser siempre un pintor. Y eso, que nunca hay que considerárselo una norma rigurosa (ninguna de las normas de Rafols pueden considerarse petrificaciones rigurosas), esa opción en favor de la pintura frente a cualquier sugestión puramente expresivista, está en la línea continuativa de toda su obra. Pintor, siempre pintor, algunas veces exageradamente pintor. Le recuerdo ahora trabajos anteriores, en las que desplegaba grandes superficies cromáticas contrapuestas, pero con un acorde verdaderamente magistral.

De todas maneras, un cierto toque tangencial expresivista se mantenía en aquella obra, y se mantiene en esta que ahora nos presenta. Llegaba a ella más por la vía del humor que por la del dramatismo; más por la vía del juego —juego igual a creación— que por la de la imposición. Es decir, Rafols era —y es— un liberal. Toda su obra es como una táctica incitación a la sonrisa. La sonrisa..., no es, o debería ser, como la cifra heráldica del liberalismo?

La sonrisa, sí, pero eso quiere decir que la pintura de Rafols Casamada tiene un argumento, o por lo menos acepta un cierto tipo de alusión argumental... Es decir, eso quiere decir que la pintura de ese pintor, tan irremediamente pintor, se deja traspasar por ciertas «impurezas» argumentales que, por lo menos, son identificables por la vía del humor.

Pues en esta exposición, Rafols se nos muestra especialmente humoroso..., bien humorado, precisaría yo. Casi toda ella está montada sobre la incitación inicial —e ideal— de «Alicia en el país de las maravillas». Claro está que no se trata de ilustrar la conocida fábula de Carroll. Se trata de devolverle a los adultos de hoy una narración que nació en un poeta adulto y que encontró su clientela máxima entre los adultos. Se trata, sencillamente, de traspasar plásticamente la poesía literaria a partir de pautas en apariencia banales. El hecho es que el argumento perma-